

¿Maipú o Puerto Argentino? (La defensa de Clausewitz).

Mariano Castelli.

Cita:

Mariano Castelli (2013). *¿Maipú o Puerto Argentino? (La defensa de Clausewitz)*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/138>

X Jornadas de sociología de la UBA: 20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el Siglo XXI - 1 a 6 de Julio de 2013.
Mesa: 9 Guerras y conflictos armados en el Siglo XX y el Siglo XXI.

“¿Maipú o Puerto Argentino? (La defensa de Clausewitz)”. Por Mariano Castelli. EDENA

“El primer acto del juicio, el más importante y decisivo que practica un estadista y general en jefe, es el conocer la guerra que emprende” (Clausewitz)¹

INTRODUCCIÓN

El fin de la guerra, a la que todos aspiramos, parece lejos de concretarse: la “*Primavera Árabe*” (la revolución en Egipto que obligó a la salida del poder de Hosni Mubarak, la insurrección en Túnez que hizo lo propio con Ben Alí, la intervención de tropas de Emiratos Árabes Unidos sofocando revueltas en Bahrein, las jornadas sangrientas en Yemen, la escalada de violencia de Hamas que disparó medio centenar de obuses contra Israel desde la Franja de Gaza), la operación “*Odisea del Amanecer*” (los bombardeos de precisión occidentales contra las fuerzas armadas libias en el marco de una guerra civil), la cruenta guerra civil en la Siria de al-Assad con la extensión a un conflicto internacional por el ataque aéreo israelí a su mismo territorio que destruyó cargamentos de misiles al Líbano destinados al *Hezbollah*, la militarización con fuerzas convencionales, no convencionales y atómicas de la península coreana y los combates en Afganistán son algunos de los ejemplos en ciernes.

No pretendemos justificar a la guerra. Ella es un monstruo y su cadena de sufrimientos es reconocida. Algunos pueden pensar que al no existir un adversario para hacer la guerra (un “otro” que por otra parte, “define” hasta psicológicamente a la “otra” contraparte), un desarme unilateral, se podría erradicar el peor de los dramas humanos. El soviético Georgi Arbatov dijo a los estadounidenses en el año 1989: “nosotros vamos a hacerles a ustedes algo terrible, vamos a privarlos de un enemigo.” (Bartolomé y otros: 1994, 42).² Desde esa declaración hasta el día de hoy, no se terminó con la guerra; el mundo la buscó, sin importar los actores, ya sea en Chechenia, ya sea en Irak. Esto no quiere decir que se es contrario a la paz, pero un pensamiento idealista³, aparta la concepción de letalidad del instrumento militar, diluyendo su vigor militar. Mas coincidente con un pensamiento “realista”, es lo afirmado por Cicerón (cf. 1994, 41) cuando argumenta que será necesario al emprender la guerra, dejar bien en claro que sólo se busca la paz...y que “resolver los conflictos por vía pacífica es más de apreciar que la misma valentía desplegada en la batalla”.

En este contexto, Clausewitz, sinónimo de “guerra clásica”, se muestra como un anatema para los que pretenden hacerla mas “limpia” y menos dolorosa y al amanecer del Siglo XXI donde el aumento de la tecnología y del espacio cibernético produce el mismo apasionamiento que los avances logrados por los exploradores y científicos de fines del Siglo XIX y principios del XX,

¹ Von Clausewitz, Carlos (1968): *De la guerra I*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 594, p. 53

² Aunque la autosuficiencia y la ausencia de enemigos podrá crear cierta “omnipotencia” en los Estados prevalientes a principios del siglo XXI.

³ Emmanuel Kant en el Siglo XVIII escribió en su ensayo sobre la *Paz perpetua*, que la paz mundial era inevitable; la misma llegaría o porque todas las naciones compartirían el mismo sentido de justicia, o porque un ciclo de guerras de violencia siempre creciente señalaría a los hombres la futilidad del conflicto. En un sentido mas práctico, se puede sostener en esencia idealista, que los actores deben dotarse de instrumentos militares sin capacidad de atacar al otro, de tal manera que el poder defensivo de un actor “A” sea mayor el poder ofensivo de un actor “B” y el poder defensivo de un actor “B” sea mayor que el poder ofensivo de un actor “A”. Por lo tanto, habrá que conocer qué, cuándo, dónde y para qué se equipan, adiestran, sostienen y despliegan tropas.

se afirma que Clausewitz ha dejado de tener vigencia. En efecto, hace un tiempo relativamente breve se ha generado un debate sobre el modalismo de la guerra con opiniones contrarias a la teoría clausewitziana (*“romanticismo wagneriano”* según Beaufre, *“marsellesa prusiana que inflamaba la sangre e intoxicaba la mente”* según Liddell Hart, *“receta para la derrota”* en opinión de van Creveld). Ello tiene importante repercusión en el diseño militar y en la estrategia en general, ya que dependiendo de las soluciones nos encontraríamos ante graves consecuencias, como la de obtener la victoria (“Maipú”) o la derrota (“Puerto Argentino”).

Para Mao Tsetung, quien apoyándose en el mismo Clausewitz va mas allá de este y dice que “la guerra es política con derramamiento de sangre” y que el “objetivo de la guerra es eliminar la guerra” argumenta con realismo que “todos cuantos participan en la guerra deben desprenderse de los hábitos corrientes y adaptarse a ella, a fin de poder ganarla” (Mao, 1970: 281) dando pie a la lucha de guerrillas, pero también a la guerra de posiciones en el marco de la guerra revolucionaria, de aniquilamiento, de desgaste, de movimiento, etc...inclusive acepta las batallas decisivas (opinión “proclausewitziana” que a la postre la puso en practica con éxito).

Toda la discusión influencia en los “conceptos” que conmocionan profundamente el *ethos* del soldado moderno, ya que afecta, luego de las necesarias construcciones intelectuales derivadas, en cómo, porqué y para qué se combate.

Para Heráclito, la guerra es innata en la especie humana. Según Tucídides, se lucha por “miedo, interés y honor”. En la actualidad Martin van Creveld (cf. 2007: 287 y ss) afirma que la guerra no siempre se ha librado por interés y si por otras razones mas “bastardas”, como las recompensas, la vanagloria o las “almas de los hombres” y no sobre aquello que la “sociedad considera bueno y útil” puesto que ello es “producto de circunstancias históricas específicas, siempre sujetas al cambio”, calificando al “interés” (motivador de la guerra) como un concepto “grosero”. También sostiene que “la razón real por la cual tenemos guerras es que al hombre le gusta pelear.” Opuesto a el, Colin Gray (1998: 277), un sostenedor de la vigencia de Clausewitz, dice que “la guerra por diversión no es realmente guerra; es una forma de bandolerismo recreacional”. Es decir, no siempre se combate por la supervivencia o la economía, ni por un grado aceptable de “razonabilidad”, aunque después pueda conducirse a la guerra más o menos racionalmente.

De todas maneras parece ser que para el contexto sudamericano, el “porque” y el “para que” tiene que ver con los “intereses”, susceptibles de “defensa”, pues como políticas de defensa, se interpretan a los grandes intereses regionales “la producción de alimentos, los reservorios de agua, los espacios vacíos y los países vecinos.”

Relacionado con el “quien”, hoy la guerra no se hace exclusivamente entre estados. Un ataque suicida en la guerra moderna hace difícil observar el “principio de distinción” entre fuerzas y los que accionan (¿un estado?, ¿una religión?, etc). Otros ejemplos, son las guerras insurgentes o las civiles o incluso las llamadas “difusas” o contra “enemigos no cooperativos”. Otros autores como Juan Domingo Perón, hablan de “guerras integrales”.

En un planeta de profundo cambios sistémicos, donde la guerra muta en su modalismo como hija natural de su tiempo, reina una lógica desorientación. En opinión de algunos, la falta de adaptación a las nuevas formas de la guerra hará que las instituciones armadas estén condenadas a desaparecer o a reciclarse; otros, adhieren a un concepto romántico de cargas valientes en la batalla, de grandes maniobras propias de las luchas del Siglo XIX o mediados del XX; estos pocos buscan, jadeantes y en la confusión, la dirección adecuada que anticipe alguna verdad; aquellos de mas allá, intentan soluciones prácticas a los problemas inmediatos.

Sin embargo, entre todas las concepciones reinantes, la mayor parte desnaturalizan la verdadera función militar. Todas las teorías que apartan del ethos del soldado generan desconcierto y procuran en sí, apostar por frases hechas o bien ver fantasmas de distintas clases.

Es que en la guerra debe aplicarse la ciencia y el arte de *vencer*. Clausewitz así lo mostró al definir la guerra como “un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad”. Es la victoria el fin de este “drama político”. Por lo tanto, el “ethos” del soldado es combatir y vencer.

LA DESMITIFICACION DE CLAUSEWITZ

Los gobiernos (en el sentido del paradigma trinitario⁴) guerrearán por distintas razones, y aceptan en general con un liviano análisis el famoso postulado “la guerra como continuación de la política por otros medios”. Esto último requiere la siguiente reflexión: el peligro de esta cita de Clausewitz proveniente de sus esbozos al Capítulo VIII de su obra “*De la Guerra*” se encuentra en su aplicación inconsciente y en convertirla en el punto de partida de las más falsas conclusiones. Clausewitz dice: “*La guerra no es más que una continuación de la relación política mediante la intervención de otros medios*”. Interpreta von Seeckt (cf. 1940: 21 y ss) de esta famosa sentencia de Clausewitz que, cuanto más potente y consciente de su objetivo es la política de un Estado, tanto más potente será su conducción en la guerra. De acuerdo con la experiencia actual, la famosa frase no es un dogma, debiendo aceptarse con algunas restricciones, pues la guerra no se contiene a sí misma, está articulada a la vida componente de los pueblos (en su sentido histórico) al ejercicio del poder buscando un fin. En tal sentido, la guerra es la violencia focalizada y dirigida. No es aleatoria: Por ser organizada, es colectiva y social y entre unidades políticas: en síntesis, es violencia organizada producida entre unidades políticas. Por ello la guerra es el empleo de fuerzas contra un adversario para alcanzar un objetivo y así, Clausewitz debe ser leído evitando fragmentar partes de su obra, pues todos los que han escrito sobre aquel han concluido contradictoriamente por falta de una “conciencia histórica.”

La obra de Clausewitz habla de la real naturaleza humana (la debilidad por excelencia), la incertidumbre, la política y el cálculo racional. La penetración de la tecnología y de formas más letales de combatir no ha alterado estas verdades. Clausewitz advierte, anticipándose en el debate al “anticlausewitziano” van Creveld, que la genialidad militar no se refiere a *la invención de nuevas formas de acción, que podrían impresionar inmediatamente, como en el resultado final afortunado del conjunto*. Grandes capitanes de la historia (Escipión, Aníbal, César, Napoleón, Guderian, Manstein) revolucionaron los niveles operativos y tácticos pero fueron destruidos estratégicamente. Lo que funciona a nivel táctico y físico no necesariamente hace lo propio a nivel operativo, estratégico, mental y moral. La conducción de la guerra no lo es todo, pues es preciso reconocer también y por lo expresado en el párrafo anterior, que las condiciones políticas previas tienen influencia sobre su desarrollo ulterior.

El debate es abierto. Mientras unos piensan que la “guerra convencional parece estar en las últimas etapas de abolirse a sí misma” (van Creveld: 2007, 301), otros aseguran: “Si no van a gozar de una paz perpetua ni de una sola conflagración que acabe con la especie, la tercera opción, la que haya guerras convencionales imprevistas y quizás más mortíferas...parece lo más probable en los próximos mil años”. (Hanson: 2006, 496). Es en el metalenguaje de Clausewitz donde existe un mínimo común denominador cuasi filosófico ante tanta literatura contrapuesta: “...*Aunque nuestra inteligencia se siente siempre inclinada hacia la certeza y la clari-*

⁴ Según van Creveld, la guerra trinitaria clausewitziana basa su universo en el gobierno, el ejército y el pueblo. Para von Clausewitz, lo “trinitario” estaba dado en el “odio, el cálculo y la inteligencia” (o “pasión, juego y política”).

dad, nuestro espíritu a menudo es atraído por la incertidumbre...". Así, el viejo paradigma clausewitziano de "fricción" penetra en la naturaleza de la guerra cualquiera sean sus formas.

En efecto, Clausewitz, antes que "inventor" fue un "codificador" de teorías y doctrinas militares formadas hasta su época que ponderó los factores psicológicos de la guerra (esto es, la "fricción") definidas como "incidentes y acontecimientos imprevistos...propios de toda acción bélica" (Görlitz: 1952, 273), algo que seguramente el legionario romano ya sabía en un "manual militar no escrito" dieciocho siglos atrás. En tanto intérprete, Clausewitz fue receptor de las ideas desarrolladas por Federico el Grande, Napoleón, Scharnhorst (un revolucionario que buscó cambios en la estrategia, administración y disciplina de las organizaciones militares y que introdujo a Clausewitz en el estudio de la guerra) y Gneisenau, los "creadores del Ejército prusiano del Siglo XIX" (Earle: 1968, 41). Como hijo de la era filosófica alemana de Kant y Goethe, Clausewitz creía que el pensamiento debía dar impulso a la acción.

La exposición de Clausewitz sobre la guerra del Siglo XIX corresponde a una transición, entre el fin del absolutismo y el nacimiento de Napoleón. Como toda nueva época exige una nueva forma de guerra, la era donde surgió *"De la guerra"* no fue la excepción. En un marco general donde los pueblos luchaban por su supervivencia, la concepción clausewitziana devolvió la guerra a las naciones, quitándosela a los amos del momento, "los déspotas". Al operar de esta manera, la contribución clausewitziana a la doctrina fue que el objetivo de toda guerra consiste en una rápida decisión mediante la irrupción en el Estado enemigo. Y la decisión "rápida" se daba por aniquilamiento en la batalla; no como antes, que se procuraba el "desgaste" entre enemigos equilibrados políticamente.

El progreso técnico de la industria luego de la muerte de Clausewitz (revolución del transporte de tropas con el tren, nuevo comando y control por medio del telégrafo, la invención de Dreyse del fusil de aguja con percutor de retrocarga, la expansión de las fabricas de armamento de Krupp) amplió exponencialmente el espacio y los medios y alteró el tiempo, permitiendo una mejor aplicación de la teoría expuesta por aquel. Por ello mas adelante en la historia, una guerra científica de masas y máquinas (la guerra de la era industrial, una de las "olas" expuestas por Alvin Toffler), debía capturar los recursos y las regiones económicamente importantes, dando un carácter dramático a las guerras del Siglo XX.

Considerada sin razón como la única estrategia ortodoxa, Clausewitz ha dominado la estrategia de los siglos XIX y XX descubriendo sus límites: puede ser lograda la decisión mediante la victoria militar, si esta puede ser rápida en función de las condiciones imperantes. En opinión de Beaufre, esta condición solo existe en ciertos momentos de la evolución táctica o de la estrategia operacional. Aquí, la decisión solo puede ser alcanzada en una fase posterior de desgaste reciproco, en una prolongación en donde tanto el vencedor como el vencido salen totalmente agotados. Hoy, claramente es *"naïf"* pensar de que la moral enemiga resultaba quebrada exclusivamente mediante una victoria militar, cuando es el mismo Clausewitz quien habla, en su ley de "extremo esfuerzo", de la "firmeza de la voluntad" o lo que él llamaba "firmeza del motivo" para proseguir la lucha hasta la victoria (como lo demuestran los grupos insurgentes de Medio Oriente en el Siglo XXI). Un principio de la conducción militar ampliamente reconocido en la doctrina actual es el de "voluntad de vencer", anclado en este realismo clausewitziano que hemos traído al debate, es vital en nuestra exposición, pues muchos lo consideran, junto con el principio de "libertad de acción", como el mas importante y determinante.

De todas maneras, es claro que la decisión mediante una batalla victoriosa no podrá obtener, por si misma, las finalidades de la estrategia, que es alcanzar los objetivos fijados⁵ por la políti-

⁵ Conquistar, aceptación de condiciones, protección de territorios, mantenimiento de intereses, etc.

ca empleando los medios disponibles, ya que la decisión estará dada por la aceptación del contrario de las condiciones que se le quieren imponer. Aquí, el viejo axioma “la táctica no soluciona lo que la estrategia no prevé” es una realidad.

NO SON SEGUIDORES DE CLAUSEWITZ

Quienes piensan que los continuadores de Clausewitz fueron los “*Luddendorf y Joffre*” de la Ira GM se equivocan de alguna manera. Particularmente a Clausewitz se lo ha desvirtuado o malinterpretado⁶ de todas las maneras posibles. Los “anticlausewitzianos” se basan preferentemente en el razonamiento de Liddel Hart, quien fundamenta su crítica ante la especial poca capacidad intelectual para ver el espíritu de la idea mas que el de la letra, con unas oraciones fáciles de memorizar para un soldado binario. Es que siempre, sacado de contexto, como dice von Seeckt (cf. 1940: 21): “Clausewitz mismo resulta también una frase hecha cuando se repiten expresiones del padre espiritual de la guerra moderna sin sentido alguno, en lugar de estudiarlo con mayor detenimiento”. Por ejemplo, se lo toma a Clausewitz como un adalid del uso irrestricto de la violencia; sin embargo éste, argumentando que la guerra era un fenómeno político y social, distinguía entre la guerra total o limitada y hasta insurreccional.⁷

Clausewitz no entendía una “violencia sin límites”, tal como sus detractores claman: innumerables pasajes en los que racionalmente desarrolla el fin y medios de la guerra, muestra suficientemente las malas derivaciones, normalmente articuladas en épocas no acordes a la lectura de la realidad del autor y en función del “cristal con que se mira”. Concepciones propias del Siglo XX como las de Mitchel que indican que la victoria se alcanza con accionar militarmente “contra los centros del oponente” (Howard: 1968, 65) con elementos tecnológicos avanzados, es pensar inadecuadamente la guerra moderna, la del siglo que nos toca vivir, al no incorporar, por analogía, lo mejor de las concepciones militares de todos los tiempos, máxime que estando hoy en presencia de pensadores que sostienen la “guerra irrestricta” (Quiao, Wang: 1999, web).

De la misma manera que las guerras del Siglo XXI poseen otro modalismo y objetivo, también hay que entender que las guerras del Siglo XIX tenían como fin la destrucción de las fuerzas enemigas en batallas campales, mientras que la guerra de masas del Siglo XX era el aniquilamiento de la fuerza económica adversaria mediante la ocupación de sus centros industriales. En este ultimo sentido, la Ira GM no fue producto de una corriente de pensamiento clausewitziano sino, entre otras cosas, de la incapacidad estratégica, patrimonio de los especialistas militares, ya que la energía creadora, propia de la personalidad de un gran capitán, fue reemplazada por la rutina profesional (y ciertamente también por la falta de estadistas de porte). Parte de esto sucedió también en la hecatombe de la Ilda GM.

Se acusa a Clausewitz como el inspirador de las terribles de guerra de material. En ello contribuyó su opositor Liddel Hart quien vinculó a Clausewitz con la “destrucción de la masa de las fuerzas enemigas en el campo de batalla” como único y verdadero fin de la guerra y como universalmente aceptado e incluido en todos los reglamentos de conducción y enseñado en todas las escuelas de Estado Mayor. Ello es cierto en la medida que se comprenda que Clausewitz no fue el “cúralo todo” de los ejércitos del momento. Bonnal, el eminente profesor de estrategia de la Escuela de Guerra Francesa (nacida luego de las derrotas de 1866 y 1870), quien tanto

⁶ *De la Guerra*, editada en el año 1850, fue oscurecida por los editores, especialmente cuando se denotaba la preeminencia de la dirección del civil sobre el militar aun en tiempos de guerra. (Cf. Cap VI b del Libro VIII según von Clausewitz, Carlos (1970): *De la guerra IV*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 603, pp. 170 /181). Es llamativo que las versiones defectuosas alemanas fueron la base de todas las traducciones al inglés hasta el año 1935.

⁷ Leemos en el Cap XVII del Libro I en *De la guerra Sobre el carácter de la guerra actual* que “desde que los españoles, con su empeñada lucha, mostraron que, a pesar de su debilidad y porosidad con simples armamentos nacionales y con medios propios de insurrección, obtuvieron grandes resultados”.

influenció en los planes de operaciones franceses de la Ira GM (que daban a la guerra un carácter violento y encarnizado), había declamado que su doctrina era la derivación misma de la “estrategia de Napoleón, hasta entonces no conocida por los franceses” (oponía a la ofensiva alemana una defensiva estratégica). También el reglamento francés de “Servicio en Campaña” del año 1914 decía que “el ejército francés, retornando a su tradición, no debe conocer sino la ofensiva”. “Para vencer hay que romper, por medio de la fuerza, el dispositivo adversario...que requiere ataques a fondo y solo es posible conseguirla con sangrientos sacrificios. Todo otro concepto al respecto debe ser descartado como contrario a la naturaleza misma de la guerra” (Boucher: 1932, 216).

Era lógico, con esa cultura de la organización, que los “Joffre, Foch o Petain” pensaran que para no disminuir el vigor de la acción había que avanzar directamente al objetivo descartando toda otra acción, y que para ello debería aplastarse previamente al enemigo con material y llegar al contacto directo entre combatientes, buscando la decisión. Cuando Petain asumió la conducción, luego de años de “fuerza contra fuerza”⁸, todo se transformó en desgastar primero al enemigo por medio de ataques con objetivo limitado con el fin que el adversario empeñe sus reservas. Hasta tanto el enemigo no haya empeñado las masas de sus fuerzas en personal y material y, una vez obtenido ello, la superioridad relativa del número (de personal, de material) era el momento para pasar a la ofensiva. “Atacar sin descanso”, “no atacar sino al enemigo debilitado y cuando se haga en su punto débil” eran las invectivas que pregonaban los ejércitos aliados. Había que obtener entonces, la superioridad en efectivos, armamento y valor.⁹

Es en la propia Alemania y antes de la Ira GM donde las ideas clausewitzianas se expanden con vigor inicial: es así que tenemos a un Bismarck que personificó el poder de aquella política que estipulaba Clausewitz, donde se puso límites a la guerra; y fue Moltke, glorificado por la aureola de las victorias de 1866 y 1870, con un poder casi místico, quien tuvo que, a través de aquel, obedecer a la ley política.

Más tarde von der Goltz (autor de *León Gambetta y sus ejércitos*, *Rosbach y Jena* y *La Nación en Armas*), se convirtió en uno de los padres del militarismo alemán, aunque en su momento fue calificado como un representante de la democratización del ejército. Vaticinando la guerra total entre pueblos, con ejércitos de masas altamente desarrollados con la técnica pero que debían conllevar a la pérdida de la movilidad (desempeñando un papel determinante las fortificaciones) sin la obtención de la decisión por las “batallas-relámpago”, sino que se produciría por...”agotamiento físico y moral de uno de los dos adversarios”. Además, von der Goltz argumentó que debía irse a la guerra en caso de extrema necesidad. Esta afirmación no coincidía con el pensamiento de en aquella época, Jefe de Estado Mayor, general Waldersee, quien buscó emancipar a la guerra de la tutela política, pues lo militar debía orientar a la política. No obstante todo ello, Waldersee había augurado la totalización de la guerra con la idea de aniquilamiento. Como conclusión, vemos aquí cómo dos pensamientos opuestos, confluyeron en un espíritu de la época, pero no atribuible a Clausewitz y en clara discrepancia, aunque observamos algunos elementos clausewitzianos (aquellos que servían a una época determinada, como podríamos utilizar hoy); ejemplo de ello es el concepto de “masa” o el número, que en los tiempos de Waldersee podían otorgar los ejércitos nacionales por medio de una leva.

⁸ Es curioso que esta afirmación sea aceptada sin más por un “síndrome anticlausewitziano”. Las maniobras del general Joffre dadas en su *“Instruction Generale N° 4”* sostienen su resolución de proseguir la retirada general sur sobre objetivos prefijados para recuperar la potencia combativa. Aceptaba el “combate decisivo recién después de reunidas todas las fuerzas” para así recuperar luego la iniciativa.

⁹ “No atacar sino a un enemigo debilitado” es pues, el punto de partida de lo que se llama “Doctrina Powell” aplicada por estadounidenses en sus guerras finiseculares del Siglo XX y de inicios del XXI de Medio Oriente.

Y llegamos a un Conde Schlieffen¹⁰, como “máximo exponente de la maniobra” (y claramente distinto a los detractores de Clausewitz que pregonan los errores intelectuales de la aproximación directa, el fuerte contra el fuerte, los conductores que masacraron tropas sinrazón) quien, conmovido por toda esta herencia, buscó con su famoso plan la rápida decisión de los dos frentes en la Europa continental. Por cierto que su tesis de una guerra de millones, era insostenible en el tiempo, ya que no percibió la importancia de la movilización económica. Y mientras que para el “antiofensivo terrestre” von der Goltz la guerra marítima era una necesidad, para Schlieffen el combate en el mar era algo extravagante porque estaba fuera del pensamiento tradicional y continental alemán, en franca oposición a la talasopolítica británica de la época.

Un gran antagonista espiritual de Clausewitz fue Ludendorff, quien sostenía que la política debe subordinarse a la conducción militar, es decir, contemplaba a “la guerra como un medio sin un fin” (Liddel Hart: 1960, 355), mientras que en opinión de Clausewitz, el poder de esta nueva guerra no debía ser un fin propio, siendo la guerra primero un asunto de los políticos, de los estadistas, y luego de los militares, aunque estos debían estar en los gabinetes para el oportuno asesoramiento. Es que Ludendorff, creyendo que completaba la doctrina de Clausewitz, en realidad la desvirtuó conscientemente, creando una nueva teoría, según la cual la guerra no era ya un medio de la política, sino que esta era una parte de la conducción de guerra, liberándose de toda traba. Ello fue posible por el empobrecimiento de una verdadera actividad política durante la época de la I GM que condujo a la tesis de que las decisiones políticas podrían ser reemplazadas por medidas militares. Sus consecuencias fueron las tremendas guerras de material.

Todo ello fue contrario a la naturaleza de un Clausewitz quien ya había dicho una vez que “la guerra sin cabeza”, es decir, la guerra no dirigida por la razón, era un asunto imposible. Ludendorff, el vencedor de Tannenberg en el Este, rodeado de un ambiente puramente militar, donde faltaba un contrapeso de orden político, ideó su lema: “la guerra es la política exterior, ejecutada con otros medios, pero la política en conjunto debe servir a la guerra”. Ludendorff se convirtió así en un “Anti Clausewitz”, llevando la guerra de aniquilamiento a la potencia máxima que significaba sin más, la muerte económica del vencedor ya que la ampliación de la producción industrial producía la destrucción del poder adquisitivo y la desaparición de los mercados. Sin embargo, le corresponde a Ludendorff, pese a sus errores, el mérito de haber creado una nueva táctica defensiva móvil (que no se aferraba a las trincheras adelantadas disminuyendo las pérdidas humanas), además de introducir modificaciones en la organización y equipos (comandos de grupos de ejército entre el comando en jefe y los comandos de ejércitos, divisiones con artillería reforzada bajo conducción centralizada, la introducción del casco de acero, etc).

La “maniobra”, la técnica militar pura, típico de las guerras del Siglo XX se han apoyado en Clausewitz para fundamentar una “victoria rápida”. Speidel (cf. 1973, 19) afirma que durante la II GM en la operación sobre el Don inferior para apoderarse de la línea Poti-Bakú y sobre el Don superior para avanzar por el Volga hacia Stalingrado, contra las enseñanzas de Clausewitz, el territorio fue ocupado, en vez de batir primero al enemigo. Excepto las guerras de Mao con su “lucha prolongada”, este fue siempre el ideal. Analizar todos los conflictos excede este trabajo, pero basten como ejemplo las guerras árabes israelíes y muchas más.

ALCANCES ESTRATEGICOS

¹⁰ Es particularmente interesante lo que Schlieffen dice de “*De la Guerra*” el 2 de enero de 1905 cuando acepta la dificultad de la lectura de Clausewitz para el lector contemporáneo, que el intento de la teoría lo condujo a la abstracción y no a la vida real (ver Prólogo a la introducción de la quinta edición alemana del Conde Schlieffen, en el Libro I de von Clausewitz, Carlos, Op.Cit. p. 14).

Según Collins, las escuelas de pensamiento estratégico dentro de la gran estrategia (aquella del estadista, que controla a la estrategia militar) son tres de carácter “convencional” y una “no convencional”. Dentro de las primeras, se encuentran la escuela continental o clausewitziana (aquella de la estrategia directa, defensoras del poder terrestre, convencidos que la destrucción de las fuerzas adversarias es el ultimo objetivo de un conductor de guerra como así también lograr un estado ideal como consecuencia de aquella: imponer al vencedor y acatar las condiciones el vencido), la escuela marítima (seguidores de las enseñanzas de Mahan y Corbett, los continentes canalizan la expansión del poder global, el control del mar determina las decisiones de tierra) y la escuela aeroespacial (cuyo protoexponente es Dohuet, donde el poder aéreo sin ayuda de los otros es decisivo).

La escuela “no convencional” es la escuela revolucionaria, que creció bajo las figuras de Marx, Lenin, Mao Ho Chi Min, Giap y “Che” Guevara, donde a la guerra se la concibe de manera “política, social y psicológica” Collins: 1975, 58), explotando las estrategias *indirectas* (a lo Liddel Hart) y *acumulativas* (conjunto de acciones sin un orden determinado que logran resultados por aplastamiento) en vez de la *secuencial* (sucesivos pasos relacionados entre si para alcanzar un objetivo final), de tal manera que las revoluciones no producen algo parecido a la gran batalla clausewitziana (Dien Bien Phu, ofensiva del Tet e invasión de Hanoi a Vietnam del Sur en 1972 son excepciones) puesto que el territorio no es decisivo y el campo de combate se encuentra a nivel de la mente de los hombres.

En ese orden de ideas, las guerras asimétricas de Medio Oriente del Siglo XXI tienen algo de semejanza por analogía, con las libradas en la segunda mitad del Siglo XX. Un ejemplo de ello estuvo dado cuando el Ejército de Francia fue derrotado en Indochina a pesar de contar con una marcada superioridad de tropas y material, siendo la causa la aplicación de la guerra convencional a un adversario que eludía el combate por medio de la guerra no convencional, hasta tanto la potencia de combate vietnamita haya crecido lo suficiente como para luchar de manera convencional. Esta “transformación ascendente” de sus fuerzas militares (de guerrillas mas o menos organizadas a formaciones militares clásicas de magnitud) generó las condiciones para la victoria de Vietnam en Dien Bien Phu en mayo de 1954. Por otra parte, como ejemplo magnifico de cómo combatir clásicamente a un enemigo superior, además de la insurgencia, fue la acción desarrollada en la noche del 23 al 24 de marzo de 2003, con el asalto para destruir los blindados y la artillería de una gran unidad iraquí por parte de helicópteros de ataque de todo un regimiento de aviación de ejército estadounidense, el cual fracasó porque “retornó con 31 de las 32 aeronaves dañadas, una abatida en territorio enemigo, y dos pilotos capturados, sin chocar decisivamente con la *Medina*” (Fontenot y otros: 2005, 179). Todo ello fue ocasionado por los procedimientos de empleo árabes que desarrollaron una lucha eficaz contra un enemigo asimétrico superior en tecnología y arte de conducción (en efecto, muchas veces, las fuerzas de alta tecnología son sorprendidas por sus enemigos mas débiles, los cuales retoman o retienen la iniciativa al empeñar sus tácticas especiales, en este caso, una red de observadores aéreos ampliamente desplegada enlazados por teléfonos celulares, radios de baja potencia y luces que se prendían y apagaban dando la alerta de la aproximación de los helicópteros para que sean adquiridos por numerosas armas de pequeño calibre distribuidas entre toda la población las cuales hicieron fuego reunido a orden).¹¹

Mas éxitos en este tipo de combate, logrando las transformaciones necesarias de un “ejército rebelde” (una verdadera “transformación ascendente” de fuerzas irregulares, según la doctrina

¹¹Los iraquíes en Karbala hicieron una defensa antiaérea con un comando y control que nunca pudo ser desarticulado y en la cual sus sistemas de seguimiento y alerta temprana operaron por debajo del rango de la capacidad estadounidense para adquirirlos. Asimismo, repartieron sus armas antiaéreas tan ampliamente que no pudieron ser detectadas o suprimidas.

de guerra de la ex Yugoslavia de Tito) fue la lucha desarrollada en Cuba y conducida en algunas de sus partes por Ernesto “Che” Guevara (cf. 2007, 13 y ss) y que sentó los principios generales de la lucha guerrillera, de la unidad de comando y de la “movilidad constante” que en extrema síntesis también aplicó el principio de masa o del número clausewitziano, ya que para el Che “la guerra de guerrillas, la guerra del pueblo, es una lucha de masas” (Guevara: 1999, 272). Pero el “Che” también había leído y basado parte de su doctrina en Clausewitz como consigna en su libro *“Guerra de Guerrillas”*. Y ni que hablar cuando es conocido cómo se basaron en el “filósofo de la guerra” Lenin o los intelectuales Marx y Engels. Particularmente para este último tuvo una gran impresión la lectura de “De la Guerra” de Clausewitz, al cual elogió. En adelante el “énfasis en la acción decisiva y la ofensiva táctica aun en la defensiva se convirtió en mercaderías disponibles de la estrategia revolucionaria” (Earle: 1968, 14).

En opinión de Beaufre, el modelo estratégico clausewitziano, responde a que si los medios militares que se disponen son bastante potentes, se buscará la decisión mediante la victoria en un conflicto violento y si es posible, corto. Por ello es necesario la destrucción de las fuerzas enemigas en batalla, especialmente si no es vital la presentación de fuerzas por parte del adversario. Si esto no fuera así, la ocupación de parte o todo el territorio deberá materializar la derrota ante la opinión pública, a fin que ésta admita las condiciones impuestas, incluyendo quintas columnas que coadyuven internamente a la estrategia en cuestión. Para Beaufre (cf. 1982, 23 y ss) las tres reglas principales de Clausewitz son la concentración de los esfuerzos, la acción del fuerte al fuerte y la decisión mediante la batalla en el teatro principal, bajo una forma defensiva-ofensiva en tanto sea posible. Todo ello forma parte de la estrategia general y a nivel operativo, según un modelo que lo nombra como “5” y donde “lo militar” es netamente preponderante, a diferencia de los otros cuatro como la amenaza directa, presión indirecta, acciones sucesivas y lucha total prolongada con débil intensidad militar.

Pero otros niegan las escuelas de pensamiento estratégico, expuestas o nuevas. Si es cierto que, en opinión de van Creveld (cf. 207, 280), la estrategia clásica (aquella de uso de la fuerza militar y por lo tanto enmarcada en la guerra convencional) se encuentra “atrapada” en la tenaza del conflicto de baja intensidad por un lado y de las armas de destrucción masiva o nucleares por el otro, deducimos el fin de esa estrategia, en vez de un “repensamiento” de la misma con otros términos. Sobre si el aumento de la letalidad transformará en “obsoletas, no solo las armas de destrucción masiva, sino las convencionales de mayor poder destructivo”, la realidad de hoy es que las mismas se mantienen aún en producción, aplicadas también como factor de presión (vg., el actual ejemplo estadounidense y norcoreano). Existe no obstante, una diferencia entre una *guerra nuclear* y las *armas nucleares*, porque las armas nucleares pueden trabajar directamente como un recurso de acción real “en la mente de los hacedores de la política” (Gray: 1998, 322 y ss). Lamentablemente continúa la vigencia de estas armas a nivel estratégico, derivado por sus posibles efectos en la guerra; es decir que las mismas son disuasivas en el mundo político-militar por la posibilidad de su utilización.

La internacionalización del poder estatal en macro conjuntos pueden rivalizar entre si. Las alianzas en una sociedad planetaria por sus comunicaciones y enlaces, la gran gama de fuerzas político-económico-tecnológico-militares ha aglutinado a países de similares condiciones, a veces de manera accidental y hasta no perennemente. Ciertamente, existe una aglomeración del poder, con esferas de influencia global y complejos de instituciones y derecho internacionalizados, como así también mercados regionales. Los estados, desde los mas pequeños hasta los poderosos como los del BRIC (Brasil, Rusia, India y China), están envueltos en este proceso, reforzados por lo que podemos llamar una “rebelión democrática” en todo el mundo (ya sea la adopción de esta forma de gobierno de manera directa o bien la tendencia a manifestarse algunos de sus atributos en Sudamérica, África, Europa del Este,

Asia, en la “Primavera Árabe”, en Medio Oriente). Si bien la democracia tiende a que la guerra no se propague o se limite de alguna manera, pueden producirse no obstante, guerras locales, aunque con características particulares por la gran interconexión mundial, como la acción aérea francesa contra tropas terrestres libias en la Cirenaica en el marco de una intervención militar que aplaude la diplomacia (léase “política”) europea, contextualizada por una curiosa coalición cristiano-árabe (medios de Francia, Gran Bretaña, Bélgica, EEUU, Canadá, España, Italia, Dinamarca y Grecia por un lado, junto con los de Qatar y Emiratos Árabes Unidos por el otro) .

La guerra actual ha trascendido completamente los límites territoriales de los estados: propia de un campo de combate global, da muestras de las derivaciones en el flujo de las interrelaciones. En efecto, si hoy el mercado planetario hace que una industria pocas veces sea puramente nacional, debido al continuo permutar de las fuerzas de producción y de mercado, así también una guerra determinada iniciada no tradicional y hasta inverosímil según patrones clásicos se ha dado en el ámbito nacional, internacional, estatal y no estatal, combinadas con medios militares y no militares¹². Por ello, aunque sin guerras a gran escala por el momento, se está en presencia de una transformación del rol del poder militar a nivel mundial que le exige nuevos desafíos. Superado el mundo bipolar de la guerra fría, la rivalidad entre bloques enumerados precedentemente siempre tendrá otro sabor con un poder duro (y hasta nuclear) detrás. No es lo mismo, dado el caso, que los EEUU y sus socios militarmente potentes y con capacidades atómicas lidien en distintos ámbitos de la diplomacia mundial con un miembro del BRIC como China que dispone de un mismo tenor de fuerza, que con un antagonista que no la posea, que podría ser otro integrante de ese conglomerado de naciones, como por ejemplo Brasil. El caso norcoreano es un claro ejemplo de lo afirmado.

Con la estrategia del poder aun vigente, tal como lo demostró “*Odisea del Amanecer*”, una reedición a los ataques de la OTAN de los Balcanes en 1990 y de Kosovo en 1999 en apoyo a las fuerzas terrestres rebeldes, transformándose en todos los casos, en su virtual fuerza aérea, algunos argumentan, materia opinable, que debido al horror de la guerra, las secuelas y consecuencias en altas dosis de genocidios, terrorismo (en realidad, una forma más de la guerra) e injusticia general de “pequeñas guerras” solo puede ser detenida por medio de una política que promueva, mediante acciones legales, el castigo y su terminación. Pero esto puede ser posible, en opinión de Shaw (cf. 2009, web) “solo por una gran fuerza”, como pudo darse en el Holocausto, Camboya, Bosnia, Ruanda, Kosovo, Haití, etc., siendo esto una remozada “guerra justa” dado por el impulso moral de detener los crímenes de guerra en la población, una práctica que lleva solo a empeñar fuerzas militares en operaciones de paz o “quirúrgicas” (hasta el momento, ninguna de estas intervenciones pudo desterrar los daños colaterales o las bajas civiles, ya sea en Kosovo, Bosnia o Libia), aunque las mismas también sean susceptibles de juzgamiento eventual por la Corte Criminal Internacional de La Haya.

TEORÍA Y PRÁCTICA

Era difícil para un lector del Siglo XIX, comprender las referencias a los cambios tecnológicos que Clausewitz ponderaba, inaplicables a los problemas militares inmediatos de su tiempo. La distorsión de su legado, como la importancia de los “números superiores”, terminó dando valor absoluto a los gobernantes y militares paladines de “La Nación en Armas” de las guerras mundiales y de los opositores a su pensamiento, con su condena a la fuerza bruta.

¹² En este sentido, los nuevos principios de la guerra en opinión de los chinos Qiao Liang y Wang Xiangsui son la omnidireccionalidad, la sincronización, objetivos limitados, medidas ilimitadas, asimetría, consumo mínimo, coordinación multidimensional, ajuste y control de todo el proceso.

Clausewitz criticó a Tempelhof, Montalembert y Massenbach que nada decían sobre la importancia de entrar en guerra con un ejército tan fuerte como sea posible, sin que sea esencial el número de tropas combatientes (determinadas por el gobierno): “tenemos otra prueba de lo dicho en la extraña idea que bullía en la cabeza de muchos escritores, según la cual había una cierta magnitud de un ejército que era la mas conveniente; una magnitud normal, fuera de la cual las fuerzas que lo excediesen serian mas bien perjudiciales que útiles”(Clausewitz: 1969, 305). Unas frases mas adelante, Clausewitz dio la misma importancia al tiempo y al espacio, porque las circunstancias impiden darle un desarrollo suficiente a esta fuerza absoluta vital (inclusive desde el punto de vista estratégico) y por lo tanto no queda otro medio que lograr la superioridad relativa en el punto decisivo, mediante un hábil empleo de las tropas. Pero con el advenimiento del ferrocarril, de los estados mayores como órganos de comando y control y del telégrafo, el concepto de un tamaño ideal en una fuerza armada perdió validez, en tanto no había limitaciones a la magnitud de la violencia que una guerra presupone. Según Paret, los argumentos de Clausewitz “no eran adecuados para servir como máximas” (Howard: 1968, 45). Es que cuando Clausewitz escribió, estaban en ciernes las revoluciones políticas, tecnológicas y hasta ideológicas de la era moderna y por ello pudo articular su idealismo en un universalismo permitido por las corrientes de pensamiento de tal ambiente.

La superioridad del número, quitado fuera de contexto o de época, no debe ser criticado en tanto y en cuanto se pueda escudriñar el espíritu que anima a éste como a otros conceptos. En tal sentido, es lógico que su oponente Basil Liddel Hart el critico adalid en la IIda GM y en la Guerra Fria, lo critique en “su visión corta” debido a que la idea de la superioridad numérica como decisiva forzó un mandato: “la instintiva disposición de los soldados a ser conservadores en cuanto a resistir las posibilidades de la nueva forma de superioridad que cada vez ofrecía la invención mecánica” (Liddel Hart: 1960, 560); a ello se añadió la conscripción de ciudadanos como fuente de obtención del mayor número (propensos al pánico y al súbito colapso que no “sucedería en un ejército profesional”).

No hay dudas de la importancia de la “masa” en las organizaciones militares clásicas. Pero incluso en la guerra no convencional, revolucionaria, “oriental” o como se quiera tipificar, el número es capital: “Nuestra estrategia –como principio fundamental para derrotar al enemigo– es enfrentar uno a diez, y nuestra táctica es enfrentar diez a uno”. (Mao: 1970, 105). Además: ¿Es hoy la superioridad del número un hecho cuantitativo?. ¿O es mas bien necesario, en la era del conocimiento, y por analogía, la superioridad cualitativa?. ¿O es vital poseer ambas?.

Si invertimos la carga de la prueba y sometemos a Liddell Hart a la crítica, aplicando su misma medicina, vemos que sus postulados de aproximación indirecta, sus seis máximas positivas y sus dos negativas, y en fin, la tan atrayente sentencia de no presentar “fuerza contra fuerza” sino la admisión que “mientras un ataque a la retaguardia inmediata del enemigo puede tener un mayor efecto en la psicología de las tropas, un ataque hecho a la profundidad tendrá un mayor efecto sobre la mente del comandante enemigo” o “cortar las comunicaciones tan a retaguardia como sea posible” (Liddel Hart: 1960, 546) en la guerra moderna de hoy, donde “no existen frentes ni profundidades”, carecen de valor si sólo nos detenemos a concebir fuerzas adversarias en presencia o en una guerra convencional. Por lo tanto, el rescate del “espíritu de Liddell Hart”. Al “aggiornar” la idea, podemos así entonces aplicar “*conceptos liddellhartianos*” a la guerra. Por ejemplo, el nuevo flanco vulnerable enemigo está materializado en su “cultura”; atacar este flanco según los postulados clásicos de Liddell Hart resulta una imposibilidad fáctica; es así que la maniobra sobre el mismo debe ser concebida con un “pensamiento lateral”. Otro ejemplo sobre las formas de adaptarse a las nuevas formas de la guerra, en este caso para cortar las línea de comunicaciones en un teatro no convencional, será generar el aislamiento de las fuerzas irregulares o insurgentes de la población (que normalmente proveen

a aquellas de la logística de personal y material, además de su enmascaramiento) por medio del combate y de la conquista de las mentes y los corazones de la población o aislarlos de los santuarios o de zonas o espacios no beligerantes donde se instalen bases de planeamiento y entrenamiento. La contraparte tiene por supuesto, sus opuestas contramedidas, graficadas en las técnicas y procedimientos de empleo, de distinta índole, altamente eficaces, entre las que se cuentan la movilidad constante, la reunión y dispersión, la obtención logística local, etc.

Si bien lo expuesto no sirve del todo como argumento para adaptarse a “la nueva lucha del Siglo XXI”, donde “el campo de batalla se encuentra en todos lados” (ya no se admite que la guerra sea solo en una “dimensión aéro-terrestre-marítima”) y ya la seguridad y defensa no solo se circunscribe a la protección territorial sino a la salvaguardia política, económica, cultural y de la información, es viable reflatar antiguos conceptos clausewitzianos adaptados al hoy. En el devenir de una nueva fase del siempre mutar de la guerra, esta se alterna por periodos convencionales y otros no convencionales, en un círculo merced a las leyes de acción y reacción a la par de la búsqueda de la victoria, concepto al que también hay que “repensar” porque no es lo mismo la idea de vencer en la era napoleónica que en la era actual, como tampoco es similar el concepto de “aniquilamiento” de ayer (la destrucción total del enemigo) que el de hoy (el colapso enemigo de manera que no pueda operar de un modo coherente y se vea imposibilitado de continuar la lucha). En efecto, si antes la batalla fue aeroterrestre y ahora se habla del “campo de combate digitalizado” o de guerras contra enemigos no cooperativos, comercial, financiera, del terror, de la información, psicológica, del derecho internacional, ecológica, cultural, de precisión (combate remoto de los rusos), operaciones militares distintas de la guerra, guerras “no militares”, guerras difusas, etc, donde la separación entre los soldados con estado militar de los que no lo tienen ya no es tan clara (un pirata informático civil es una tropa magnífica en el combate del Siglo XXI) es evidente que se imponen tareas bélicas distintivas. Existen diferencias entre las guerras de mediados del Siglo XX con las guerras regionales y las campañas del Siglo XXI, como también cualquier tipo de guerra es diferente siempre a la que vendrá (de allí que no hay que entrenarse para la guerra que pasó). Consecuentemente, los tipos y cantidad de actividades implícitas en la guerra que no son meramente militares pero que pueden servir a ellas deben incorporarse a los conceptos. También es factible cambiar los verbos que, como instrumento de medición, concreta la victoria, como por ejemplo, el estado final deseado podría ser “controlar” en vez de “destruir”.

Los problemas relativos a las operaciones no pueden ser exclusivamente militares, ya que la guerra no es un área aislada de la actividad humana (“la guerra no pertenece al campo de las ciencias y las artes, sino al de la vida social” (Clausewitz: 1968, Libro II, 197) y si la extensión de la política y producto de las calidades de cada generación (desde lo espiritual, social, moral, material y tecnológico). Como acto de fuerza, la guerra busca realizar cambios en la política del enemigo, destruyendo su voluntad y medios. La política maneja el fin de la lucha, sus medios y sus límites, de allí que cada nación lucha por su supervivencia o bien por un propósito político. Además, los objetivos de guerra son limitados, disminuyendo las energías movilizadas aunque la violencia tiende a acelerarse. Por eso teoría y práctica a menudo no son coincidentes y esto lo deja bien claro Clausewitz. Es que es muy difícil que coincidan ambos conceptos. Raramente se pueden manifestar, ya que las características de cualquier guerra moderna es mutable y posee infinita diversidad. Por lo tanto, la teoría no puede producir una guía de acción, pero coadyuva a educar el juicio y a establecer definiciones y moldes para diagnosticar las formas que la guerra asume en la realidad (cf. Clausewitz: 1968, Libro II, 234).

Las partes del libro de Clausewitz que argumentan “la destrucción de la masa de las fuerzas enemigas en la batalla” como regla principal de una teoría de guerra “absoluta” que en la opinión crítica de Liddell Hart obnubiló por más de un siglo a todos los estados mayores del

mundo, ha hecho sin embargo, su defensa (si así se puede decir) de aquel, al manifestarse mas bien en contra de los que sucedieron a Clausewitz y no en el mismo “filosofo de la guerra”. Según Liddell Hart (1960, 559) “los discípulos de Clausewitz llevaron sus enseñanzas a un extremo tal, en el cual el maestro no había pensado...discípulos devotos pero incomprensivos, han dañado la concepción original en mayor grado que sus oponentes ciegos y llenos de prejuicios”, siendo el mismo Clausewitz, en opinión de Liddell Hart, el que contribuyó en parte a las malas interpretaciones, ya que la teoría de la guerra fue expuesta de manera abstracta e ideal, confundiendo a los soldados que buscan la simplicidad en máximas. Es que en la complejidad de la guerra es vital aclarar lo nebuloso de la guerra. Pero quitando profundidad al análisis, terminan en lo superficial, transformando a Clausewitz en una “frase hecha”.

Clausewitz, con una visión de carácter continental y prusiana, no sabia nada de aviones, de la guerra aeroterrestre, de las definiciones que efectuaron los contemporáneos ministros de defensa en la IX Conferencia de Ministros de las Américas sobre las actuales amenazas para la región (el terrorismo y el narcotráfico); por lo tanto, es válida la critica que no entendió el poder naval, y menos el espacial, como un interprete del Siglo XXI podría observar con el “diario del día después”. Aplicar a Clausewitz a nuestra o a todas las realidades, sin tener en cuenta los propios cuestionamientos de éste a los estudios críticos de otros autores inspirados en un “vanidoso alarde de ideas” en el “uso torpe e inadmisibles de ciertos sistemas parciales e incompletos, como si fueran verdaderas leyes” (Clausewitz: 1968, 235) y fuera de una trama histórica y de la evolución del arte estratégico y táctico, es absolutamente impropio e inadecuado para pensar algo tan serio como la guerra. Por ello: o vemos sus reflexiones en contexto o necesitamos justificar con sus dichos descontextualizados un presente. En tal planteo, no se debe olvidar que Clausewitz reflexionó para, y desde países centrales.¹³

CONTINUACIÓN DE LA POLÉMICA POR OTROS MEDIOS”

Dice Martin van Creveld (2007, 215): “*Sostengo que los principios fundamentales del universo clausewitziano están equivocados y al estar equivocados también, constituyen una receta para la derrota*”. Dicha afirmación, arriesgada de por si, pretende polemizar sobre la verdadera naturaleza de la victoria militar, atacando las bases mismas, por erróneas, del realismo clausewitziano. Pero van Creveld ha efectuado la crítica a Clausewitz dentro de un debate dado en el marco de las discusiones de los años 90 referidas a “reconciliar las diferencias entre la doctrina conjunta, las definiciones de los distintos componentes y los elementos esenciales de la metáfora de Clausewitz” (Janiczek: 2007, 9). Ciertamente “*The Transformation of War*” se editó en el año 1991, luego de las operaciones coaligadas de “Escudo y Tormenta del Desierto” en Irak.

El esfuerzo de imaginación propuesto es retrotraernos a aquellos tiempos: al principio de los 90, la demoledora advertencia de la Coalición de las “100 horas de operaciones terrestres” (cf. Castelli: 2007). En el contexto del “Fin de la Historia” de Fukuyama, y en el otro extremo de la década, la última guerra finisecular de Kosovo, no se advertían “nuevos horizontes” y con el tiempo, llegando a nuestros días, parece arriesgado sostener aquellas ideas, con las guerras de máxima intensidad desarrolladas en la primera década del Siglo XXI, tanto sea entre estados o no, o según conceptos “trinitarios” clausewitzianos, a decir de van Creveld.

En la doctrina comparada, estas fases y categorizaciones no son nuevas; ejemplo de ello puede darse en la escuela yugoslava, de “*Defensa Popular Total*” y su derivación al tipo “*Defensa Global*” cuya concepción general era la retardar y ganar tiempo para la movilización de una

¹³ ¿Reconocemos también que Clausewitz levantó su voz contra la Escuela de Estrategia Geométrica en la “Vieja Europa”, que en aquella época dominaba el pensamiento militar, mostrando que el espíritu del hombre era más esencial que los “ángulos operativos” del pensamiento Jominiano?.

Fuerza de Defensa Territorial. Esto es, organizar una resistencia permanente al agresor, combinando las operaciones clásicas y la guerra de guerrillas¹⁴...no parece, así que ideas “no convencionales” generadas a partir de la segunda mitad del Siglo XX sea un “postulado nuevo”. Si vamos más allá, la guerra no convencional planteada por los paraguayos en el Pickisiry, incluyendo los particulares torpedos acuáticos, los cohetes y las fuerzas de asalto en canoas “Bogabantes” lanzados contra la escuadra brasileña en el Río Paraguay en el verano del año 1868 es un ejemplo clásico en este continente, más allá de las guerrillas en la Sierra Maestra o la Santa Clara cubana o las incursiones de comandos argentinos en Malvinas. En definitiva, lo importante aquí es aceptar que a pesar de la manifiesta superioridad militar enemiga, es posible llevar a cabo la “*transformación descendente*” de las fuerzas, evitando la derrota y salvando del aniquilamiento una mayor o menor parte de las fuerzas armadas, postergando la resolución de la guerra. Alternativamente pequeñas formaciones insurgentes podrían efectuar “*transformaciones ascendentes*” para, en sucesión, pasar de operaciones de guerrilla sencillas, operaciones de insurgencia superior no convencionales, operaciones en los marcos clásicos y directamente frontales y convencionales.

Wesley Clark, traído a colación porque su actuación fue contemporánea a los escritos de “La Transformación de la Guerra” de van Creveld y quien fuera comandante de la guerra finisecular de Kosovo, manifestó en oportunidad sobre las tropas albano-kosovares que “...ellos no consiguieron nada con su ataque convencional a los serbios...Yo siempre sentí que si ellos debían operar, lo deberían haber hecho como guerrilla, pero esa no es una solución a largo plazo. Esto simplemente significa la prolongación y alargamiento de la crisis” (Clark: 2001, 343), juicio coincidente con la doctrina general de sus adversarios yugoslavos, quienes sostuvieron que los procedimientos de guerrillas no eran adecuados para las conquistas, aunque sí eran eficaces sólo para la defensa territorial, puesto que “las guerrillas tratan de evitar todo enfrentamiento decisivo” (Vukotic: 1973, 271) lo que configura un carácter dilatorio en las operaciones.

De todas maneras, es un reduccionismo simplista afirmar que la guerra de hoy es irregular, no convencional, etc, y también decir que “no existe nada nuevo bajo el sol”, ya que si bien la naturaleza de la guerra ha cambiado substancialmente y que las tácticas son nuevas, existe un retorno al modalismo de “hacer y pensar” la guerra, incluso antes de la creación del estado y en un futuro mediano en la era “del conocimiento”: la guerra irrestricta de Liang y Xiangsui (Cf. 1999, web), sobre cualquier campo susceptible de ser vulnerable para la Nación adversaria, por lo que existirían verdaderas operaciones totales (mas allá de lo militar pero incluido lo militar) defensivas, ofensivas o complementarias para las iniciativas militares (guerra químicas biológicas y nucleares, guerra convencional, guerra ecológica, guerra espacial, guerra electrónica, guerra de guerrillas, guerra terrorista), opciones trans-militares (guerra diplomática, guerra de Internet, guerra de inteligencia, guerra de contrabando, guerra de drogas, guerra mediática) y opciones no militares (guerra financiera, guerra comercial, guerra por los recursos, guerra de ayuda económica, guerra de sanciones, guerra reguladora, guerra de cultura, guerra de leyes internacionales), que constituyen el “ambiente operacional” moderno.

Con esto también queda claro la vigencia de “lo militar” (mas del 50 % del gran espectro de opciones que dispone un país en conflicto posee una naturaleza militar). Además, orienta hacia donde debe prepararse el “soldado moderno”: cambiando el ángulo de la visión, ese hombre de armas debe estar más que nunca, alineado con la “era del conocimiento”.

Actualmente los diferentes actores emplean no sólo a las fuerzas militares si no a todos los recursos disponibles (nos preguntamos si alguna vez realmente la guerra afectó solamente a los

¹⁴ Guerrillas” son fuerzas irregulares organizadas en forma militar o paramilitar para atacar, hostigar y retardar al enemigo; las operaciones de guerrilla comprenden las operaciones de combate ejecutadas por fuerzas irregulares.

soldados) con tácticas, técnicas y procedimientos convencionales y no convencionales, incluyendo las guerrillas y el terrorismo (una derivación con tecnología moderna y moral a nivel estratégico, operativo y táctico). Pero ya Mao había solucionado exitosamente, en la práctica, estas “nuevas dudas” de cómo hacer la guerra: “desde el punto de vista de la guerra revolucionaria en su conjunto, la guerra popular de guerrillas y las operaciones de las Fuerzas Regulares del Ejército Rojo se complementan como las dos manos de un hombre” (Mao: 1970, 108). Inclusive el triunfo militar de la revolución cubana se dio ya en el marco de fuerzas beligerantes mayores (la fuerza núcleo guerrillera fue incrementada en número y material) y desarrollando operaciones regulares. Sencillamente, en la guerra, por nutrirse de las relaciones sociales que en ella se generan, no se debe eliminar ninguna solución, pues al no tener un carácter universal, puede ser definida según y por el contexto de la interacción social bajo la influencia de conceptos preexistentes compartidos. Reapostando: la guerra no convencional está tipificada como una forma más de lucha, cuyo nacimiento se remonta al origen mismo de la guerra tribal y que en definitiva precisa de la participación social. Al ser difícil reconocer “lo trinitario” (pero que sin embargo normalmente está presente) ello no invalida a Clausewitz.

¿PERDER PARA GANAR?

En las guerras entre las polis griegas, en la campaña de Ramsés contra los hititas, en las maniobras de Escipión, en las rebeliones de Timor o las guerras de Afganistán, Israel en el Líbano, Irak, Colombia o Corea encontramos un sinnúmero de elementos clausewitzianos. Precisamente *a contrario sensu* de van Creveld, sostenemos que *eliminar* “los conceptos” cualquiera que ellos sean o se presenten, especialmente aquellos del universo clausewitziano, “*constituye una receta para la derrota*” con el agravante que tenemos el riesgo de dejar de leer a Clausewitz.

El pensamiento de van Creveld, influenciado por las guerras israelíes merced a sus vivencias personales, derivan en los postulados sobre las categorizaciones de la guerra como el “conflicto de baja intensidad” que tiene consecuencias de distinta índole, aunque por la fuerza de los hechos, se está en presencia de guerra globales, regionales, etc, de distintas tipificaciones, donde lo trinitario no cobra tanta importancia como en la era napoleónica. Pero aceptar sin más a van Creveld deviene en diferentes peligros que debilita el “ethos” militar y permite la incorporación de la derrota en la mente y doctrina. El van Creveld del Siglo XXI (y no el finisecular) sostiene (en Bergen, Noruega, el 14/IV/04), por ejemplo, que una razón por la cual “*los británicos no han perdido en Irlanda del Norte es que el Ejército británico ha sufrido más bajas de las que ha infligido*”. Todo lo que hemos expresado de los dichos de van Creveld en el presente siglo se resume en la siguiente idea fuerza: “*perder para ganar*”.

Es que la guerra es algo serio. Como un juicio categórico, no hay más opciones que la victoria, puesto que existen demasiadas cosas en juego. Por eso no deben existir “patriadas”. Se debe generar las condiciones para ganar los combates y las batallas. Especialmente también se debe **ganar la paz**, y eso “sin romper la ley” ni el derecho de gentes.

Es decir, el pensamiento de van Creveld con respecto al conflicto de “baja intensidad”, de “aceptar bajas”, de evitar la “letalidad”, de “dejarse vencer, es caer, de alguna manera en el vacío” para ganar una paz extraña, a no ser que la paz sea el precio de la pérdida del fin que buscaba la política o de alguna manera indigna, si es que existe una paz con ese atributo.

Comprender que la guerra es producto de las ambiciones humanas y no de construcciones conceptuales, evita la tentación de eludir el problema. Ciertamente es necesario primero apreciar las causas inmediatas y/o mediatas de las mismas. Y cuando decimos que la guerra es el

producto de las ambiciones humanas, adherimos a la teoría realista, y parafraseando a Huntington (cf. 1964: 94) cuando contextualiza a Clausewitz en su justificación de la ética militar: el hombre es egoísta, es motivado por las ansias de poder, riqueza y seguridad. Vemos por lo tanto, en la afirmación (“ambiciones humanas”) elementos donde los rasgos de la personalidad (la naturaleza humana) originan las guerras como decisión consciente.

Siendo la debilidad del hombre lo que permite la guerra¹⁵, la experiencia ha demostrado que existen mecanismos para reducir y/o mitigar a la misma (siempre interactuando, sin elementos “endógenos”) que son las soluciones militares para la paz, políticas de alianzas, desarme ó control de armamento, todo lo que tenga que ver con el balance de poder) y soluciones políticas (la ley internacional, las organizaciones internacionales y/o regionales, la integración, la diplomacia, la negociación internacional, la mediación para llegar a un cambio de actitud antes del conflicto armado a fin de alcanzar la cooperación). Puro realismo clausewitziano. Lo opuesto, un plexo kantiano en su búsqueda de una “paz perpetua” (no se aprecia la erradicación de la guerra de manera inmediata) es idealista. Además, decir que cambiar el pensamiento humano soluciona el problema, es desconocer que el idealismo cae en la inocencia de creer que la protección de los acuerdos de seguridad cooperativa es una ley inquebrantable. El acuerdo logrado por los británicos que suscitó la famosa frase “paz para nuestro tiempo” fue contestado por Adolf Hitler en oportunidad, con un lacónico “*sólo es papel*”. Las consecuencias de esta “Lección de Munich” (su correlato final como enseñanza: “*no concedas*”), donde existe una expectativa de utilidad y percepciones equivocadas de las intenciones y capacidades del adversario, propone la afirmación de “atacar” la causa endógena para evitar a la guerra. No es una posición constructivista ya que la afirmación no responde a un pensamiento relativo, pues las causas que originan la guerra normalmente se encuadran en reglas normativas.

NO A LA CATEGORIZACIÓN

El problema de la categorización del conflicto nació en la década del 80, en el marco de la guerra fría y la defensa de la OTAN ante un ataque del Pacto de Varsovia a su contraparte. En ese contexto (años mas, años menos), se encontraban los casos de de las guerras insurgentes, de liberación nacional, de Vietnam y también las guerras árabes – israelíes. Influencio en ello las incontables “pequeñas guerras” que el mundo sufrió desde aquella época. Al estar conmocionados o dispuestos a mutar en un mundo que evoluciona constantemente los conceptos de “gobierno”, “ejército” y “pueblo” (recordemos por ejemplo, la discusión de la vigencia del estado-nación), el intento de proveer un nuevo universo no clausewitziano por ser este obsoleto, implica posicionarse en contra desde sus mismas bases. En su reemplazo, la propuesta de las nuevas categorizaciones sostenida por el van Creveld de los años 90 no es, en el Siglo XXI, posible de ser sostenidas. Los ejemplos de las guerras de Afganistán del 2002, de Irak del 2003 y años subsiguientes y hasta del conflicto colombiano o sirio en nuestros días permiten apreciar fases convencionales y no convencionales¹⁶ de la guerra, mas que una “categorización”.

“En la medida en que la guerra entre estados salga por la puerta giratoria de la historia, los conflictos de baja intensidad entre diferentes organizaciones entrarán por la otra” dice van Creveld,

¹⁵ El argumento podrá llegar, por otra parte, a que las guerras son multicausales. Por ello otra solución de la afirmación es el ataque a la causa ya que se ve a la guerra como “la enfermedad”, una imposición exógena. El cambiar la estructura del pensamiento humano implicará modificar las consecuencias del dilema de seguridad, de la estructura de la distribución de poder, del sistema de información, de la transición del poder y del sistema económico mundial.

¹⁶ Convencional” resulta ó se establece en virtud de precedentes y costumbres. Por defecto, no convencional es lo contrario de lo anterior. Las operaciones no convencionales son aquellas que se ejecutan en territorio enemigo o en propio territorio ocupado por el enemigo, con la finalidad de alcanzar objetivos militares, políticos, psicosociales y/o económicos. Podrán ser en apoyo de operaciones convencionales.

afirmado luego la “categorización”:... “los *conflictos de baja intensidad* son la forma más contagiosa de la guerra”.

Pero el “carácter y desarrollo” de un conflicto armado no puede tipificarse pues así hacerlo limitará las doctrinas, conceptos de empleo y diseños de la fuerza militar. No es lo mismo organizarse, equiparse e instruirse para un determinado tipo de guerra que creer que esa guerra se hará de este modo, como bien se afanan en postular aquellos que categorizan a las guerras. Ello tiene consecuencias directas sobre la cosa pública que implican los temas de defensa, entre ellos, el instrumento militar: ¿Cómo se adiestran y sostienen Fuerzas Armadas ante la defensa de los recursos naturales que las enfrentarían con enemigos de potencia superior?. ¿Para que sirve el instrumento militar contra vecinos cuando estos son cooperativos y se está en presencia actual de una gran zona de paz (como el caso del Cono Sur)?. ¿Qué rol existen para los militares dentro del “supermarco planetario” por la alta conectividad e interdependencia que permiten que distintas opciones militares puedan influenciar el propio territorio, como son las acciones terroristas y que podría llegar a la “concepción policial” del soldado?.

Las derivaciones son múltiples: algunos entienden que la opción de empeñar Fuerzas Armadas en misiones de paz las “desespecializa”, pues hacen funciones de “baja intensidad” (cuasi policiales, como la asistencia a la población civil, mantenimiento del orden interno, uso mínimo de la fuerza, etc) mientras que otros dan un marco teórico que apoyan cualquier postulado para darles un sentido a los militares y su posibilidad de accionar. La categorización del conflicto en este caso es una de las principales ayudas para confundir el verdadero rol.

Como hay muchas formas de categorizar el conflicto, sus consecuencias generan interrogantes operacionales. El diseño para enfrentar el mantenimiento de la paz, forzamiento de la paz, restablecimiento de la paz, intervenciones humanitarias, operaciones distintas de la guerra, persecución efectiva de la guerra, la guerra integral, contrainsurgencia o amenaza de la fuerza, uso de la fuerza, guerra revolucionaria y guerras difusas, para nombrar algunas, muchas enmarcadas en distintas doctrinas como la *Air Land Battle* de los 90, la *Main Defensive Battle* de la década de 1970, la variante OTAN de *Follow on Forces Attack*, *Las Operaciones de Espectro Total* o la *Joint Vision 2010*, o la *Defensa Popular Total* de la ex Yugoslavia de Tito, el *Combate Operativo por Escalones en Profundidad* de la ex URSS, el concepto de milicias venezolano, etc, necesita de un gran esfuerzo político-militar y económico-social para hacer frente. Las categorizaciones favoritas finiseculares del anterior siglo hablaron de “intensidad” de conflicto (tanto sea alta, media o baja); definir o “como encuadrar a la guerra” según los ejemplos anteriores, parece demasiado engorroso y también muy escaso teniendo en cuenta que toda guerra deriva en millardos de muertos o interminables heridos o padecimientos.

Es decir, se crea una confusión de consecuencias en el diseño de las fuerzas, que se magnifica con la dificultad que se tiene sobre la definición y distinción entre el conflicto y la “guerra”, normalmente esta última forma de la anterior (una relación de género a especie).

En la guerra se desarrollan diferentes tipos de operaciones dentro de los dominios físicos, de información y moral: las operaciones nunca podrán ser “puras”, siempre todo se entrelazará y confundirá y así es imposible categorizar a las herramientas de los instrumentos militares.

No se debe entonces *adiestrar* al instrumento militar para operaciones no militares, *aunque de hecho pueden ser utilizados* para ello, pues desde el inicio de la organización de Fuerzas Armadas, su empleo dual ante alguna emergencia o catástrofe fue un hecho, aplicando su alta especialización y especial aptitud, como así también el alineamiento coincidente en un todo sobre los aspectos que interesan a la alta conducción de un país. Así pues, la doctrina debe

referirse sólo al combate y sus derivaciones, ya que aquellas que no lo hacen licúan el *ethos del guerrero*, arriesgando la victoria militar, el alistamiento, el adiestramiento, el sostenimiento, el combate en sí y la psicología necesaria para enfrentar la lucha.

Con un adecuado control civil de la Defensa, Fuerzas Armadas altamente profesionales enfrentan operaciones de paz en apoyo a la política, a la diplomacia, a la solidaridad entre los pueblos, etc, y utilizan dichas comisiones para entrenarse y hacer el bien según los mandatos que la Nación acepte, pero no dejan sus capacidades de combate. Instrumentos militares empeñados en catástrofes emplean sus especiales capacidades (comando y control, organización, transporte, sanidad, etc), pues tienen mucho que hacer por sus semejantes y para la defensa del Pueblo, pero desde el inicio, juegan esas cartas sabiendo que cuando la emergencia haya pasado con rapidez deberán volver a sus quehaceres específicos.

Amén que el pensamiento de van Creveld puede inducir a configurar un instrumento militar de naturaleza diferente para enfrentar una guerra contingente, debemos decir que nuestras leyes y normativa no permiten, aún, erradicar el concepto “trinitario”. Por ejemplo, la Defensa Nacional de Argentina debe hoy día enfrentar amenazas de origen externo exclusivamente; aquí, la “intensidad” es irrelevante.

Categorizar por su intensidad a un conflicto es un error que afecta los conceptos a nivel estratégico. Categorizar una operación militar a nivel táctico es confuso. Al guerrero solo le sirve que siempre esté creyendo que pronto se combatirá.

INFLUENCIA DECISIVA DE LA POLITICA

La guerra es la guerra, cualquiera sea la como se la quiera llamar (pequeñas guerras, terrorismo, insurgencia, convencional, no convencional, revolucionaria, de baja intensidad, regular del mundo post westfaliano, guerra irrestricta, etc.). Pensamos que nadie tiene el derecho de rotular a la guerra. Mientras es acción de fuerza, durante todo el Siglo XX también aleccionó a la sociedad sobre el uso válido de aquella. Tras Hiroshima, la guerra fría y hasta Bagdad (por no decir Bosnia, Ruanda, Kosovo, Bogotá y Trípoli), la construcción de un mundo de paz está instalada en los hombres. Aunque muchos consideren la utilización del poder militar con impunidad, la sociedad en general posee la visión que la guerra es una *ilegitima extensión de la política*, aunque siempre hay lugar para filtraciones en este concepto, ante las culpas de fuerzas político-militares que no hicieron nada para detener el genocidio de Ruanda, o el ataque a Libia, promovido por amplios defensores de los derechos humanos. Tras siglos de sufrir los horrores de la guerra (especialmente cuando la población fue tomada como un blanco militar válido¹⁷ incluyendo la actual consecuencia de la falta de reglas ante la categoría de “genocidio”), existe la creciente tendencia a ver la guerra como un crimen contra la humanidad.

Sin embargo, como dijeron los coroneles chinos Qiao Liang y Wang Xiangsui, cuando la gente comience a alegrarse de la reducción del uso de la fuerza militar para resolver los conflictos, la guerra renacerá de otra forma y en otro ámbito, transformándose en un instrumento de enorme poder en manos de todos los que albergan intenciones de controlar a otros países o regiones. Es que la guerra ha vuelto a invadir a la raza humana de una manera más compleja, más amplia, más oculta y sutil. No obstante ello, sobre la naturaleza de la guerra y su supresión en el mundo se podrá teorizar, pero es una realidad constante que todos reconocen.

¹⁷ Un hecho nacido desde épocas inmemoriales, practicado por todas las civilizaciones del planeta, ya sea con un hacha como con una bomba atómica.

Tal como la conocemos, la guerra entre estados, tiene solo trescientos años de antigüedad. Poco más allá de la mitad de este periodo, Clausewitz lanzó su famosa relación entre el poder político y la conducción militar que conserva aun hoy vigencia, de tal manera que el poder armado sigue siendo servidor de la política. Es sabido que, con el tiempo, un instrumento militar no puede sostenerse aislado, se transforma en el marco político que lo contiene y adquiere las mismas virtudes y defectos de dicho sistema.

Como la política es tan determinante para el desenvolvimiento y empleo de una fuerza armada, la evolución militar va de la mano de la evolución política. En el mismo sentido, aquella retrocede en función de esta. El poder militar recibe de la conducción política las directivas necesarias para el empleo del medio “guerra”, deduciéndose con ello la función militar que, como un orden secundario, es un órgano ejecutivo político, de allí que *a contrario sensu* de los detractores de Clausewitz, la política no puede ser subalterna de la estrategia o que se conduzca la guerra sin pensar en la paz que se pretende; es decir, esa “continuación de la política por otros medios” pero sin desgastar todas las fuerzas para no comprometer esa política y futuro provisorio que debe ser mantenido, tal como Clausewitz afirma al “no dar el primer paso sin pensar en el último” (es decir, no concentrarse en la victoria exclusivamente empeñándolo todo sin pensar en el efecto posterior). Un ejemplo mas de cómo Clausewitz fue con frecuencia malinterpretado y erróneamente aplicado, pues algunos de sus intérpretes adhirieron a “parte” de su doctrina (por ejemplo, como cuando los conductores se apuraron en buscar la batalla en la primera oportunidad que se les presentaba).

Nadie duda que el “*zoon político*” exista desde hace milenios. Mientras no muera la política, tampoco lo harán sus instrumentos ni sus *medios*. Rechazar a Clausewitz, por ejemplo, significa, por deducción sobre la famosa frase “...continuación de la política por otros medios...”, negar que la guerra es la derrota de la política. Incluso se ha llegado a afirmar en otro extremo, que “la actividad militar nace como necesidad ante la insuficiencia de la actividad política” (Gasparini: 2008, 248). Es que todo lo que sucede en la realidad política afectará en mayor o menor grado a la mentalidad de un ejército. “Las transformaciones reales del arte de la guerra son...consecuencia de las modificaciones de la política” dice Clausewitz.¹⁸ En el mismo sentido, es dable decir que ninguna fuerza armada puede ir a contrapunto de la forma reinante en el orden político y social, ya que ella está signada por los tiempos que le tocan vivir. Esto fundamenta la sentencia de Clausewitz (1970, 173): “si la guerra pertenece a la política, tomará naturalmente su carácter”, en coincidencia con Marx y Engels que entendieron que la forma que cada guerra asumía estaba determinada por el carácter de los poderes comprometidos.

La política debe por lo tanto, dirigir al instrumento militar en su organización, educación y equipamiento para hacer frente a la guerra moderna y hasta futura (sin ser predictista). En tal sentido, el mundo de hoy se mantiene en vilo con la diversidad de los distintos conflictos armados, donde se materializan todas las tipologías de la guerra. Hoy convencional, mañana no convencional, la guerra va cambiando, siempre adaptándose, las formas de lucha se relacionan directamente con el entorno que las contienen: mientras Peter Sloterdijk, bajo los influjos de la pasividad ante la “balcanización” en su continente cree en un intervencionismo nietszchezano para un destino de Grandeza Europea que implica la ausencia de guerras civiles, su opuesto, Hans Magnus Enzensberger (*cf.* 1994, *web*), sostiene la posibilidad de una guerra civil molecular a escala mundial, en un entorno urbano, contextualizada en una subcultura marginal, sin ejércitos clásicos visibles (con bandas, mafias, carteles, hinchadas, grupos juveniles violentos, etc.) pero que combaten entre si con el objeto de avasallar e imponer la voluntad al adversario ignorando la autoridad estatal, sin leyes regulatorias, con actos antijurídicos culpables e irrelevantes

¹⁸ “...y lejos de ser argumentos a favor de su separación constituyen, por el contrario, la prueba mas sólida de su íntima conexión” (*cf.* von Clausewitz, Carlos: 1970, 181).

desde el punto de vista moral para sus “soldados”. Dicha guerra crece en la fragmentación social y pone en duda el poder de policía de un estado avasallado, renuncia al monopolio de la violencia producto de su degradación que como consecuencia directa, provoca el deterioro de los patrones admisibles de seguridad. Las bandas no quieren el fin del estado, sino su anemia, que constituye el ambiente y contexto operacional mas propicio para desarrollar sus actividades. El efecto inmediato de este conflicto derivará en la anarquía; luego de ella, se iniciará la guerra civil abierta. Finalmente el estado subsiste, termina o cambia, subdividido.

Siendo la consecuencia una guerra civil, esta podrá devenir (seguramente, como siempre pasó) en el ingreso de otros estados u otros actores en la conflagración (vg, ataque israelí en la guerra civil de Siria y evaluación estadounidense de intervenir ante presencia de armas químicas), a lo llamado en el derecho internacional “conflicto armado sin carácter internacional” (aunque se constate una “internacionalización” del conflicto) por lo que se volvería, en un plano teórico, a la *batalla de decisión clausewitziana* o a la búsqueda de una *oportunidad ventajosa de la operación estratégica decisiva liddellhartiana* para librarla, por citar algunos ejemplos.

Particularmente al principio del Siglo XXI se está en presencia de acciones de organizaciones violentas y de distintos grupos armados a escala mundial, unos insurgentes que desestabilizan al Estado, otras organizaciones criminales y hasta milicias étnicas en su mayoría con fuertes tendencias religiosas. Existe una tendencia a la formación de elementos especialmente organizados, equipados e instruidos para el crimen y cuya consigna no es acabar con el Estado post westfaliano sino mantenerlo débil para poder obtener el máximo beneficio de sus tareas delictivas (con procedimientos de distinta índole, no solo la ejecución de la violencia).

Es complejo, en este contexto, para una dirección estratégica nacional y militar de disponer elementos de juicio validos si no se tiene en claro las premisas y principios a los efectos de organizar instrumentos militares necesarios, vestirlos, prepararlos, dotarlos de moral de combate y alimentarlos para cuando dicha conducción decida su empleo, en consonancia con las leyes del país. “No hay esquemas.” Y al quedar claro que no se pueden buscar en la teoría recetas de acción¹⁹, “*De la guerra*” se transformó en un manual operativo, contribuyendo con ello el mismo autor con su segunda categoría de proposiciones: la reciproca relación entre ataque y defensa; el concepto del punto culminante; el ataque (la forma más débil de la guerra con mira más positiva)²⁰ se acelera a medida que progresa; y un poco mas allá, aquello que reflejó la herencia de una doctrina particular: recalcando los valores psicológicos de la guerra, discutiendo con profundo entendimiento el efecto del peligro y la fatiga y el valor de la valentía y la determinación.

Por otra parte, algunos problemas prácticos de la guerra no fueron tratados en gran profundidad. Si bien Clausewitz teorizó sobre las formas de la guerra en distintos terrenos, del problema del acantonamiento, de la alimentación, etc., puede verse que en realidad se introdujo en los aspectos más “nebulosos de la guerra que nunca pueden enseñarse en absoluto”, como dijo su detractor von Scherff, una metáfora para la confusión reinante en la actualidad, centro del debate. Aquello contribuyó a que el vulgo de la época estuviera de acuerdo con la despectiva frase de Liddel Hart sobre las “oscuras” frases de Clausewitz. Pero puede orientarnos hoy Para Fuerzas Armadas normales, el problema de la guerra de hoy se resuelve con opciones surgidas de la experiencia de fines del siglo pasado y principios del actual: si no se sucumbe en un holocausto nuclear, si un adversario es superior, se desarrolla la guerra clásica, mientras el

¹⁹ Para Clausewitz la teoría es solo eso: *teoría*. En su opinión siempre era necesario la experiencia para luchar, de allí la actualidad de este pensamiento. El “Che” decía que de la misma manera que un medico se hace “operando”, un soldado se hace “peleando”. Al no haber guerra, decimos que el soldado se hace “ejerciendo” su profesión.

²⁰ La defensa, por el contrario, es la forma más fuerte con la mira más negativa.

inferior combate de manera no convencional. Pero, tomando el ejemplo hipotético y parafraseando a Liang y Xiangsui (cf: 1999, web) si las Fuerzas Armadas son equivalentes en poder de combate relativo y voluntad de lucha, el ataque y defensa es reciproco. Es aquí donde se introduce la variable que altera el equilibrio de fuerzas: el bando acorde a la “era del conocimiento” y aplicando conceptos clausewitzianos, busca debilitar previamente a su enemigo, desatando una guerra en todo plano y nivel (antes, con las guerras de material o industriales, se infiltraban “quintas columnas”) con ofensivas para erosionar los mercados financieros, operaciones diplomáticas de aislamiento internacional, embargos económicos y más calamidades, a la par de ataques informáticos a facilidades de comunicaciones de todo tipo, colapsando transportes, electricidad y toda la infraestructura social. Todo ello podrá devenir en una crisis política, con disolución interna y parálisis social. Terminado ello, la fuerza militar adversaria inicia ataques contra al país ya debilitado “desde adentro” para obtener su colapso y acate la voluntad del vencedor *a la manera clausewitziana*.

También existieron intérpretes de altura intelectual suficiente como el entonces revolucionario oficial del Arma de Ingenieros prusiano Wilhelm Rüstow y quien a su vez influyó en el historiador Hans Delbrück. Ambos descubrieron que Clausewitz no se basaba solamente en una estrategia de guerra a toda costa sino que también podía “hacer uso de medios y metas limitados” (Howard: 1968, 53); o como el alemán von Caemmerer quien intentó persuadir a su comunidad militar del valor del pensamiento abstracto para el estudio de la guerra; o como el británico Henderson que mezcló lo pragmático del soldado inglés con el modalismo clausewitziano. En el polo opuesto otras mentes lúcidas que también leyeron a Clausewitz, lo denostaron, como el estadounidense Edgard Luttwak y el británico John Keegan.. La llave que permitió examinar a Clausewitz a mentes tan dispares en algo del espíritu del autor (aunque en los mas modernos, no podemos admitir que sea del todo cierto) era la comprensión que la guerra trasciende lo puramente militar. Pero saber por ejemplo, que la política influye en las operaciones no implica coincidencia en las opiniones políticas, ni conformidad con la *Realpolitik* de Clausewitz (que seguramente han detectado Marx Engels, Lenin o el “Che”), insinuadas en el análisis de las campañas militares en “*De la guerra*”, cuyo metalenguaje final evidenció un profundo conocimiento del poder, como esencia de la política, del mismo modo que la violencia fue mostrada como la esencia de la guerra. Por ello no cabe duda que las teorías del número superior de Clausewitz derivaron en armar al pueblo, especialmente teniendo en cuenta la necesidad continental de la famosa lucha en dos frentes de estos estados centrales de la “Vieja Europa”.

La lógica indica que hoy podemos evaluar a Clausewitz con mejor objetividad que sus sucesores inmediatos: países como Argentina, con tan solo doscientos años de existencia que implicaron durante los siglos XIX y XX la conducción de guerras de inusitada intensidad como lo fueron las de la independencia, contra los pueblos originarios, las civiles e internas y cinco exteriores (contra la Confederación peruano-boliviana, el Brasil, el bloqueo anglo-francés, el Paraguay y Malvinas), se está en presencia de una “ratio” nada despreciable. Si a eso se suman los periodos de revoluciones y violencia, que no escapan a la norma sudamericana, podemos concluir, parafraseando por analogía a Paret, que el teórico Clausewitz de los inicios de la edad moderna, significa para el Siglo XXI (tras centeneras de años de guerras ininterrumpidas) una rehabilitación general del pensamiento estratégico sobre el uso de la fuerza, aunque considerando claramente las verdades emergentes. En este esfuerzo, intentamos encauzar las consecuencias y objetivos nacionales a través de una estrategia militar que sea racional hasta cuando la guerra (y su resultado) sea irracional (pese a las tendencias de deshumanización, egoísmo e individualismo de individuos y sociedades modernas y la letalidad de las armas actuales).

¡HAY QUE VENCER!.

Ante una nueva era, lo normal sería estar en presencia de una nueva forma de guerra. No obstante ello y según todo lo afirmado, ¿cómo desechar las teorías de Clausewitz?... ¡Nosotros decimos que Clausewitz sigue vigente!.

Clausewitz (cf. 1970, 129) dice que “la teoría exige...que se defina, al comienzo de toda guerra, su carácter y su desarrollo en conjunto...no dar el primer paso sin pensar en el último”. Para la primera parte de la afirmación, no quedan dudas que “el que sabe concebir, sabe mandar” en la batalla (diseño y modalismo de la guerra) por un lado, y por el otro para la segunda parte de la oración, basten ejemplificar los casos de Irak en el 2003 (no se planificó “el día después”, pues si así se hubiera hecho, no habrían desmantelado a las Fuerzas Armadas iraquíes necesarias para mantener el control en la fase de “alta intensidad” (¿un curioso punto de vista sobre un “conflicto de baja intensidad”?) a partir del fin de la “fase no convencional” de dicha guerra) o de Malvinas (una guerra para la cual no se estaba preparado).

Insistimos en que no hay que descartar a Clausewitz, ni a ninguna otra idea proveniente de pensadores que busquen solamente “ganar” la próxima guerra concordante con las posibilidades que la Nación esté en capacidad de afrontar. Por las leyes de Argentina, las Fuerzas Armadas no deben transformarse en fuerzas de seguridad o policiales, como se opina sobre el futuro de los ejércitos, ya que estos posiblemente “cambien de forma, se reduzcan y pierdan vitalidad” (van Creveld: 207, 180). Al contrario, esta manifestación de un regeneramiento de las Fuerzas Armadas a algo difuso que las desnaturalicen es impropio (aunque observamos el empleo efectivo dual del instrumento militar japonés en la morigeración de su grave emergencia ecológica-nuclear en nuestro siglo o de la acción de protección civil del Ejército ante los desastres naturales: al contrario, no decimos que los militares no deban emplear sus especiales capacidades para auxiliar a sus conciudadanos, pero es necesario no alterar su especialización).

En nuestra región ciertas naciones empeñan a sus Fuerzas Armadas no contra estados organizados (Colombia, El Salvador o México; Brasil en apoyo logístico a las Fuerzas de Seguridad, etc): ¿Es esto una falta de especificidad o de *desespecialización*?

Pese al horror que la guerra representa, a nivel mundial la especificidad continúa dando muestras claras de su vigor: el ataque a las fuerzas convencionales libanesas de Khadafy (que incluyen blindados y sistemas portátiles de defensa antimisiles) con más de un centenar de “Tomahawk” lanzados desde submarinos barcos estadounidenses desplegados en el Mediterráneo y el bombardeo de los aviones “Rafale” y “Mirage 2000” franceses o “Tornado” británicos en el marco de una curiosa coalición cristiano-árabe en apoyo a la resistencia de los libios (que, sin hacer “guerra de guerrillas”, tuvieron “doscientos mil hombres dispuestos a tomar las armas y suficientes batallones profesionales”), una guerra civil cruel con sospechas del empleo de tropas químicas en Siria (quedando demostrado también, por el alcance del caso, que no se puede categorizar a este hecho de la historia militar como “conflicto de baja intensidad”) y el actual estado de beligerancia en Corea, incluyendo amenazas de empleo del arma atómica.

Pero todo ello no tiene nada que ver con emprender el rumbo de leer nuestro tiempo y aceptar que un instrumento militar debe cambiar o no estará preparado para combatir, luchar y especialmente vencer en una guerra del Siglo XXI. Mantener y acrecentar el ethos militar se muestra clave para ello. Es que “un ejército deja de ser tal cuando ya no es capaz de combatir” (Speidel, 1973, 202). Y entonces surge esta especial pregunta: ¿Cómo nos puede ayudar hoy Clausewitz para ello?

Una posible respuesta es con una *interpretación clausewitziana de nuestro tiempo*. Cuando Clausewitz (cf. 1968, 39) expresa un par de siglos atrás que “el fin político, como motivo origi-

nario de la guerra nos dará la norma así para el objeto que pretende alcanzar por medio del acto guerrero, como para los esfuerzos que deben realizarse” (en otras palabras: el objetivo político de la guerra deberá determinar el objetivo de la fuerza militar y el esfuerzo a realizar), nosotros, interpretes del Siglo XXI de Clausewitz sobre su mismo postulado, podemos decir que el “objetivo político es ganar la paz y en tal sentido, la fuerza militar tendrá por objetivo vencer en lo militar y el esfuerzo deberá ser en lo moral, cultural y económico-social”. En efecto, consideramos “clausewitziano” el empeñamiento de todos los medios al alcance para vencer (no solo al factor militar) en consonancia con Qiao Liang y Wang Xiangsui (cf. 1999, web) que, en su famoso trabajo finisecular del Siglo XX dijeron que se manifiesta un nuevo principio de la guerra lo cual es “utilizar todos los medios, incluyendo fuerzas armadas o fuerzas no armadas, medios militares y no militares, y medios letales y no letales para obligar al enemigo a aceptar los propios intereses”.

Clausewitz viene a nuestra ayuda; él “bien interpretó” su tiempo y con los elementos que tenía a su disposición pudo con facilidad prever que las fuerzas militares de su época (las nacionales en contra de las permanentes) debían basarse en otros principios; en eso nos muestra la capacidad de cambio como “espíritu”. Pero se mantiene inmutable cuando dice “que el corazón y el espíritu de una Nación forman un factor importantísimo en los productos que representan la fuerza nacional, guerrera y de combate” (cf. 1968, 368). Es decir, el concepto del “ethos militar” anclado como una condición ineludible para organizar y sostener ejércitos necesarios.

Según Clausewitz (cf. 1968, 14) las teorías no se adaptan a modelos rígidos sino la que convenga a la infinita diversidad de la guerra. Él enseña “que cada caso en la guerra debe ser considerado y meditado según su modalidad”. Por ejemplo, la apreciación de situación hecha en Maipú en el Siglo XIX fue la mejor, no así la del Siglo XX en Puerto Argentino. Enmarcadas en objetivos políticos, por estar a la altura de su tiempo, las fuerzas sanmartinianas vencieron, mientras que las fuerzas argentinas desplegadas en Malvinas fueron derrotadas. Ambas Fuerzas Armadas, separados en el tiempo, tuvieron sus sombras; pero solo una de ellas estaba organizada, equipada e instruida para vencer y fue el que pudo establecer la estrategia y táctica eficaz y crear y sostener el instrumento militar adecuado a su tiempo. Es por ello que debemos poder cambiar, revisar la doctrina, efectuar modificaciones en el entrenamiento del soldado profesional y crear o adaptar unidades para satisfacer las necesidades estratégicas que imponga la política, fortaleciendo el ethos del soldado definido en luchar y vencer. El teatro de operaciones actual difiere mucho del de 1800 de Clausewitz: el de hoy es un campo de batalla sin fronteras en un mundo interconectado. Pero la guerra con sus diferentes métodos está presente hoy como ayer, con todos los elementos clausewitzianos (acto político, que interesa al pueblo; violencia primitiva, competencia de los ejércitos; el juego y probabilidades o estrategia, que entiende el gobierno): ya sea en Siria, Afganistán o Corea, lo trinitario se presenta con expresión renovada. Pese a la esperanza de la civilización en que los avances científicos la controlarán, el monstruo sigue devorando al mundo (las armas de alta tecnología y las no letales no han impedido el mayor drama del hombre y sus secuelas de sufrimiento). Pero una vez desatada, Clausewitz argumenta que todos los recursos de una Nación deben emplearse y no detenerse hasta vencer. En este sentido, ya no es posible pensar que solo las armas lograrán la defensa del país, pues en la era del conocimiento, la guerra de los soldados y se traslada hasta a los hombres de negocios, intelectuales, científicos, etc pues *trasciende* a las Fuerzas Armadas. La experiencia de las hostilidades post westfalianas indica que no se debe dejar la guerra en manos de militares, como tampoco de los políticos *exclusivamente* y que a pesar que el mundo desarrolla avances científicos geométricos, la guerra no desaparece por el progreso tecnológico, peor aun, el combate sigue siendo tan atroz como antes, si no mas. Los modos han cambiado: aviones de línea que se estrellan sobre símbolos económicos, bombas que vuelan embajadas, crisis financieras de distinta índole en cualquier parte del mundo. Hoy un políti-

co puede ser un soldado, como un soldado puede ser un político en uniforme, dejando sin diferencias a un militar de civil, y la guerra de la no guerra (cf. Liang y Xiangsui: 1999, *web*). Esto requiere una gran adaptación en todo nivel, tanto político como militar, estratégico como táctico, gobernantes como gobernados, generales como soldados, como para concebir y diseñar Fuerzas Armadas en el mundo actual, sabiendo que lo único seguro es que no hay nada estable y fijo. Al contrario, “el cambio” es lo que signa a nuestro tiempo. Un tiempo que clama por un instrumento militar preparado para operar en la paz y en la guerra por igual según la realidad, el tiempo histórico, el contexto nacional y los objetivos políticos.

Para la guerra del Siglo XXI, lo “dual” no debe contraponerse a la alta especificidad. Es que un fusil debe ser eso y no otra cosa. Lo dual en realidad, tiene que ver con la concepción de su utilización. Y con respecto a los armamentos la realidad amerita concluir que existen nuevos conceptos de armas y que aquellas de alta tecnología pronto, por la aceleración que impone la investigación y el desarrollo, pierden su modernidad. Con todo, además existe un cambio de la idea actual de “arma”, que prácticamente puede ser cualquier cosa (un caso típico son los videos de las ejecuciones de los árabes a tropas occidentales por Internet), existiendo las letales y no letales (las llamadas “armas blandas”, como las que emiten corriente, láseres para cegar, acciones para colapsar las computadoras, etc). Disponer de armas para el tipo de guerra que se quiere plantear por doctrina, mentalidad y concepciones se muestra como una necesidad.

Todo lo expresado no tiene nada que ver con la valentía del soldado de cada Nación en forma individual; en cambio se trata que cada Nación posea la aptitud de conducir fuerzas y la capacidad de equipar y adiestrar ejércitos bajo conceptos de la era del conocimiento.

Las organizaciones militares deben tener el espíritu de ganar la guerra. No se renuncia al *ethos del soldado*. Clausewitz, con su énfasis en la acción decisiva y la ofensiva táctica aun en la defensiva se nos presenta como válido. Es Maipú o Puerto Argentino. En ello no hay otra opción.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

BARTOLOMÉ, Mariano:

- (1994) y otros: “Seguridad y defensa en la posguerra fría”, Buenos Aires, Círculo Militar, Vol 757.
- (2006): *La seguridad internacional post 11-S.: contenido, debates y tendencias*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

BEAUFRE, Andrés (1982): *Introducción a la estrategia*. Buenos Aires: Edit. Struhart & Cia.

BOUCHER, Arturo (1932): *El arte de vencer en los dos polos de la historia. Ley eterna*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol CLXVIII.

CASTELLI, Mariano: (2007): *Viento y desierto. 100 horas de operaciones terrestres*. Buenos Aires: el autor.

COLLINS, John (1975): *La gran estrategia. Principios y prácticas*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 673/74/75/76.

CICERÓN, Marco Tulio (1994): *De Officiis*. Barcelona: Altalaya.

CLARK, Wesley (2001): *Waging Modern War (Bosnia, Kosovo and the future of the combat)*. New York: PublicAffaire.

EARLE, Edgard Mead (1968): *Creadores de la estrategia moderna*. Buenos Aires: Circulo Militar, Tomo II, Vol 599.

ENZENSBERGER, Hans Magnus (1994): *Molecular Civil War*. Extraída el 30/IV/13 de <http://vserver1.cscs.lsa.umich.edu/~crshalizi/NPQ/molecular-civil-war.html>.

FONTENOT, Gregory; DEGEN, E.J. y TOHN, David (2005): *On point*. Annapolis, Maryland: Naval Institute Press.

GASPARINI, Juan (2008): *Montoneros. Final de cuentas*. Buenos Aires: De la campana.

GÖRLITZ, Walter (1952): *El estado mayor alemán. Su historia y semblanza (1657-1945)*. Buenos Aires: Circulo Militar, Tomo I y II, Vol 408 y 409.

GRAY, Colin (1998): *Modern Strategy*. Oxford: Oxford University Press, 1998.

GUEVARA, Ernesto, Che:

- (2007) *La guerra de guerrillas*. Bogotá: Ocean Sur.
- (1999) *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2007) *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Bogotá: Ocean Sur.

HOWARD, Michael (edit) (1968): *Teoría y práctica de la guerra*. Buenos Aires: Circulo Militar, Tomos I y II, Vol 596 y 597.

HANSON, Victor Davis (2006): *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*. México: Fondo de cultura económica.

HUNTINGTON, Samuel (1964): *El Soldado y el Estado*. Buenos Aires: Círculo Militar, Biblioteca del Oficial Vol. 547.

JANICZEK, Rudolph (2007): *A concept at Crossroads. Rethinking the Center of Gravity*. Carlisle: US Army War College, Strategic Studies Institute.

LARSEN, Wayne (2000): *Serbian information operations during Operation Allied Force*. Alabama: Air Command and Staff College. Air University.

LIANG, Qiao; XIANGSUI, Wang (1999): *Unrestricted Warfare*. Extraída el 30/IV/13 de <http://www.cryptome.org/cuw.htm>.

LIDDELL HART, Basil (1960) *Estrategia. La aproximación indirecta*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 500/501.

MANSOOR, Peter (2008): *Bagdad at sunrise. A brigade commander's war in Iraq*. Yale University Press.

POZZI, Pablo (2004): *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.

RAMONET, Ignacio (2002): *Guerras del Siglo XXI, nuevos miedos, nuevas amenazas*. Barcelona: Mondadori.

RATTENMBACH "Informe" (2000): *Investigación confidencial sobre la conducción política y estratégica-militar de las fuerzas armadas argentinas en la guerra de Malvinas. (Prólogo de Osvaldo Bayer)*. Buenos Aires: Ediciones de Fin de Siglo.

SHAW, Martin (2009): *Review of Gray, Modern Strategy, in Review of International Studies*, 2002. Extraída el 30/IV/13 desde <http://martinshaw.org/2009/12/12/review-of-gray-modern-strategy-in-review-of-international-studies-2002/>.

SPEIDEL, Hans (1973): *Invasión 1944*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 660.

TOFFLER, Alvin; TOFFLER, Heidi (1944): *Las Guerras del Futuro*. Barcelona: Plaza & Janés.

TSETUNG, Mao (1970): *Seis escritos militares del presidente Mao Tsetung*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Pekín.

VAN CREVELD, Martin (2007): *La transformación de la guerra*. Buenos Aires: Plantié, 2007.

VON CLAUSEWITZ, Carlos:

- (1968) *De la guerra I*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 594.
- (1968) *De la guerra II* Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 595.
- (1969) *De la guerra III*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 602.
- (1970) *De la guerra IV*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 603.

VON SEECKT, Juan Federico Leopoldo (1940): *Pensamientos de un soldado*. Buenos Aires: Circulo Militar, Vol 257.

VUKOTIC, Aleksandar (compilador) (1973): *Doctrina militar yugoslava de defensa popular total*. Buenos Aires: Editorial Rioplatense.